

después el decreto imperial. Acto continuo leyó el vicepresidente Melzi una copia del mismo decreto, traducido en lengua italiana y revestido con la adhesión de los diputados lombardos, y después el ministro Marescalchi presentó los diputados á Napoleón, para que presen-tasen en sus manos el juramento de fidelidad al nuevo rey de Italia. Concluída esta ceremonia, sentado Napoleón y con la cabeza cubierta, pronunció este discurso, enérgico y conciso como sabía hacerlos, y cuyo espíritu podrá conocerse fácilmente.

«Senadores:

»Hemos querido en esta ocasión venir á vuestro seno para que conozcáis todo nuestro pensamiento sobre uno de los objetos más importantes de la política del Estado.

»Hemos conquistado la Holanda, las tres cuartas partes de la Alemania, la Suiza, la Italia. Nos hemos mostrado desinteresados en medio de la mayor prosperidad. De tantas provincias sojuzgadas, sólo hemos tomado lo necesario para mantenernos en el mismo grado de consideración y de poderío en que ha estado siempre la Francia. La repartición de la Polonia, las provincias arrebatadas á Turquía, la conquista de las Indias y de casi todas las colonias, habían destruído en detrimento nuestro el equilibrio general.

»Hemos devuelto todo lo que no nos ha parecido preciso para restablecerle.

»La Alemania ha quedado evacuada; sus provincias han sido restituídas á los descendientes de tantas casas ilustres, que hubieran desaparecido para siempre á no haberles nosotros dispensado una generosa protección.

»La misma Austria, después de dos malhadadas campañas, ha conseguido el Estado de Venecia, Estado que en todo tiempo hubiera admitido muy de grado en cambio de las provincias que ha perdido.

»La Holanda, apenas conquistada, ha sido declarada independiente. Su reunión con nuestro imperio hubiese sido el complemento de nuestro sistema comercial, puesto que por ella desaguan los más caudalosos ríos de la mitad de nuestro territorio; sin embargo, la Holanda es independiente, y sus aduanas, su comercio y su administración se rigen como más cumple á su gobierno.

»Ocupaban nuestras armas la Suiza; nosotros la hemos defendido contra las fuerzas combinadas de la Europa. Su reunión hubiera acabado de cerrar nuestra frontera militar; y sin embargo, la Suiza continúa gobernándose por el acta de mediación, libre é independiente, según cumple á sus diez y nueve cantones.

»La reunión del territorio de la república italiana con el imperio francés hubiera sido útil para el desarrollo de nuestra agricultura; á pesar de esto, después de la segunda conquista, hemos confirmado su independencia en Lyon. Hoy hacemos más todavía, pues proclamamos el principio de la separación de las coronas de Francia y de Italia, fijando para que esto se verifique el día en que sea posible sin peligro para nuestros pueblos de Italia.

»Hemos aceptado, y pondremos sobre nuestra cabeza, esa corona de hierro de los antiguos lombardos para darla nuevo temple y nueva fortaleza. Pero no vacilamos en declarar que la transmitiremos á uno de nuestros hijos legítimos, ya sea natural, ya adoptivo, el día

en que veamos desaparecer nuestros temores por la independencia de los otros Estados del Mediterráneo, que hemos garantizado. En vano el genio del mal buscará pretextos para volver á encender la guerra en el continente; todo lo que se ha reunido á nuestro imperio por las leyes constitucionales del Estado, permanecerá reunido. No se le incorporará ninguna nueva provincia; pero las leyes de la república báltava, el acta de mediación de los diez y nueve cantones suizos y este primer estatuto del reino de Italia, estarán constantemente bajo la protección de nuestra corona, y jamás toleraremos que sufran menoscabo.»

Después de este discurso tan perentorio y de tan altas miras, recibió Napoleón el juramento de algunos senadores que acababa de nombrar, y con el mismo acompañamiento, regresó al palacio de las Tullerías. Melzi, Marescalchi y los demás italianos recibieron orden de trasladarse á Milán á disponer allí los ánimos para la nueva solemnidad que acababa de resolverse. El cardenal Caprara, legado del papa cerca de Napoleón, era arzobispo de Milán; sólo por obediencia había aceptado esta dignidad, pues por su edad muy avanzada y por lo achacoso de su salud, después de haber pasado en las cortes una larga vida, parecía más dispuesto á dejar el mundo que á continuar figurando en él; no obstante, á instancias de Napoleón y con el consentimiento del papa, se puso en camino para Italia para coronar allí al nuevo rey según el uso antiguo de la Iglesia lombarda. Precedióle Mr. de Segur con orden de apresurar todo lo posible los preparativos, y Napoleón fijó para emprender su viaje el mes de abril y para su coronación el mes de mayo.

Esta excursión á Italia convenía perfectamente con sus proyectos militares y hasta les prestaba grande auxilio. Había tenido que esperar todo el invierno que sus escuadras se dispusiesen para salir de Brest, de Rochefort y de Tolón. En enero de 1805 hacía próximamente unos veinte meses que se había declarado la guerra marítima, pues el rompimiento con la Inglaterra databa desde mayo de 1803; y sin embargo, las escuadras de alto bordo no habían podido dar la vela. No había carecido en verdad la administración del vivo impulso de Napoleón; pero en la marina nada puede hacerse de prisa, cosa que no suelen por lo común tener presente las naciones que aspiran á formarse una potencia naval. No obstante, las escuadras de Brest y de Tolón hubieran estado ya armadas si no se hubiese querido aumentar su primera fuerza efectiva. La de Brest se había aumentado desde diez y ocho navíos hasta veintiuno, y podía conducir diez y siete mil hombres y quinientos caballos, con un material considerable, sin el auxilio de las naves de transporte prestadas por el comercio. Con el proyecto de llevarse durante el invierno con un temporal, había sido forzoso renunciar á la compañía de buques de pocas toneladas, igualmente incapaces para seguir á los navíos de línea que para sufrir su remolque; por lo cual se había echado mano de unas antiguas naves de guerra, armándolas á modo de urcas y llenándola de hombres y de efectos. Por este medio, la escuadra podía salir completa y con cualquier tiempo, arribar á Irlanda, dejar allí sus diez y siete mil hombres y su material correspondiente, y volver luego á la Mancha. Esta escuadra estuvo dispuesta para el mes de noviembre como se ha-

bía deseado. La de Rochefort, compuesta de cinco navíos y cuatro fragatas, con fuerza de tres mil hombres, cuatro mil fusiles y cien quintales de pólvora, estaba pronta para la misma época. Sólo la de Tolón, aumentada desde ocho á quince navíos, absorbió todo el mes de diciembre. El general Lauristón, edecán de Napoleón, había recibido el encargo de formar un cuerpo de seis mil hombres escogidos, con cincuenta bocas de fuego y correspondiente material de asedio, embarcándole en la escuadra de Tolón. Esta escuadra, como dejamos referido, debía dejar al paso una división en Santa Elena para apoderarse de esta isla, dirigirse hacia el Surinam, reconquistar las colonias holandesas y reunirse después con la de Missiessy, que debía por su parte haber socorrido á nuestras Antillas y talado las Antillas inglesas. Así el uno como el otro tenían orden de volver á Europa después de haber llamado de este modo á los ingleses hacia América, y dejado expedito á Ganteaume. Éste había acabado de hacer sus preparativos, y esperando todo el invierno que Missiessy y Villeneuve, saliendo de Rochefort y de Tolón, se llevasen á los ingleses en su seguimiento. Missiessy, que carecía de estímulo, aunque no de ardimiento, salió de Rochefort el 11 de enero con una deshecha tempestad, y pasando por los canalizos, se entró en alta mar sin ser visto ni tener encuentro con los ingleses, é hizo velas hacia las Antillas con cinco navíos y cuatro fragatas, sufriendo sus naves algunas averías que se repararon durante la navegación. Por lo que hace á Villeneuve, á quien el mismo Decrés había comunicado un entusiasmo ficticio y de poca consistencia, se entibió repentinamente al ver de cerca la escuadra de Tolón, donde para formar once tripulaciones de las ocho que antes había, fué menester dividir las y por consiguiente disminuir su fuerza. Para completarlas se había echado mano de los reclutas sacados del ejército de tierra. Los materiales empleados en el puerto de Tolón eran de calidad muy mediana, y hasta se había echado de ver que los herrajes, cordajes y arboladuras se quebraban fácilmente. Temía mucho Villeneuve, y quizás más de lo justo, el aventurarse con semejantes naves y tripulaciones contra las naves enemigas, aguerridas en un crucero de veinte meses. Sentía desfallecer su ánimo antes de entrar en la mar; sin embargo, aguijoneado por Napoleón, por el ministro Decrés y por el general Lauristón, se dispuso á levar el ancla para fines de diciembre. Detúvole un viento contrario hasta el 18 de enero en la rada de Tolón; el 18, habiendo mudado los vientos, levó áncoras, y tomando un falso derrotero logró abstraerse al enemigo; pero trajo la noche una recia tormenta, y la inexperiencia de las tripulaciones, unida á la mala calidad de los materiales, expuso repetidas veces á nuestras naves á muy desagradables contratiempos. Se dispersó la escuadra: á la mañana siguiente se encontró Villeneuve separado de cuatro navíos y una fragata. A unos se les había quebrado el palo de cofa, otros hacían agua y habían sufrido averías difíciles de reparar en el mar; además de estos descalabros, dos fragatas inglesas observaban nuestro rumbo, y temía el almirante ser alcanzado por el enemigo en ocasión de no poder oponer más que cinco naves; por lo tanto, decidióse á volver á Tolón, á pesar de haber recorrido ya sesenta leguas y de las instancias del general Lauristón, quien, contando aún con cuatro mil

hombres y algunos centenares más en las naves que no se habían dispersado, sólo podía ser conducido á su destino. Volvió á entrar Villeneuve en el puerto de Tolón el 27, y consiguió felizmente reunir allí toda su escuadra.

No se perdió el tiempo enteramente; se repararon los daños sufridos, se afirmaron los aparejos, y se hizo finalmente todo lo necesario para ponerse en disposición de salir de nuevo. Pero el almirante Villeneuve estaba de todo punto desalentado; el día mismo de su regreso á Tolón escribió al ministro de Marina estas palabras: «Me veo en la precisión de decir á usted que es imposible emprender cosa alguna con unos navíos equipados de esta suerte, con escasos marineros, atestados de tropas, con aparejos viejos ó de mala calidad; navíos cuyos palos y vergas se quiebran y rasgan al menor soplo, y que, cuando la mar se serena, pierden el tiempo en reparar las averías causadas por el viento ó por la inexperiencia de sus marineros. Lo que sólo presentía antes de mi partida, lo veo ahora confirmado por una tristísima experiencia (1).» Al saber Napoleón lo inútil que había sido esta salida, tuvo un gran disgusto. «¿Qué puede uno hacer, exclamó, con unos almirantes que á la primera avería se desalientan y sólo piensan en la retirada? Si la separación de unas cuantas naves bastase para frustrar una operación, sería menester renunciar á navegar y á emprender cosa alguna aunque fuese en la más favorable estación. Y añadía: hubiera sido preciso designar para punto de reunión á todos los capitanes de escuadra la altura de las Canarias, por medio de pliegos sellados; entonces hubieran podido repararse las averías en la misma navegación. Si un buque hacía agua de una manera peligrosa, se le hubiera dejado en Cádiz, trasladando su gente al navío *Aguila* que se hallaba en aquel puerto dispuesto á dar la vela. Por lo demás, ¿qué tiene de extraordinario que en una borrasca se tronchen algunos palos de cofa y ocurran varios otros contratiempos? Con un par de días de buen tiempo se hubiera remediado todo después; pero el gran mal de nuestra marina está en que los hombres que la mandan son novicios en todas las peripecias del mando (2).»

Por desgracia había pasado la época propicia para la expedición del Surinam, y era menester que Napoleón con su fecundidad acostumbrada inventase otra combinación. La primera, que consistía en llevar al almirante Latouche desde Tolón á la Mancha, se había frustrado por la muerte de este importantísimo marino; la segunda, reducida á atraer á los ingleses hacia los mares de América, viendo la escuadra de Villeneuve en el Surinam y la de Missiessy en las Antillas, y aprovechar esta diversión para poner á Ganteaume en la Mancha, se había igualmente frustrado por la tardanza en la organización, por los vientos y por una salida infructuosa. Había, pues, que recurrir á otro plan. Sobrevino la muerte del desgraciado almirante Bruix, tan notable por su carácter, por su experiencia y por su talento, el cual fué víctima de su ardiente celo y de su eficacia en la organización de la escuadrilla, y esta nueva pérdida, no menos sensible que la del almirante Latouche, á quien Bruix igualaba ciertamente en mérito, aumentaba las

(1) Despacho del 1.º pluvioso del año XII (21 de enero de 1805), á bordo del navío *Bucefante*, en la rada de Tolón. — (N. del A.)

(2) Carta á Lauristón del 1.º de febrero de 1805.

dificultades de las operaciones navales. Si hubiese vivido, Napoleón le hubiera seguramente puesto á la cabeza de la escuadra encargada de efectuar la gran maniobra que meditaba. Pero no parecía sino que el destino, conjurado contra la marina francesa, había querido privarla en el espacio de diez meses de sus dos primeros almirantes, ambos sin exageración muy capaces de habérselas con los almirantes de Inglaterra. Por lo tanto, hasta que los acontecimientos de la guerra hiciesen despuntar nuevos hombres, era menester contentarse con los almirantes Ganteaume, Villeneuve y Missiessy.

Un suceso de gravedad, ocurrido recientemente en los mares, modificó de súbito la situación de las potencias beligerantes. La Inglaterra, contra toda justicia, declaró la guerra á la España. Hacía tiempo que la Gran Bretaña observaba que la neutralidad de la Península, sin ser muy lisonjera para la Francia, le era útil sin embargo bajo muchos aspectos. Nuestra escuadra, escalada en el Ferrol, se ocupaba en repararse esperando se levantase el bloqueo que sufría: el navío *Aguila* hacía lo mismo en Cádiz. Nuestros corsarios entraban en los puertos de España para vender sus presas; la Inglaterra tenía derecho de disfrutar de las mismas ventajas, gracias á la reciprocidad; pero prefería privarse de ellas á dejarlas para nosotros. Con esta idea, anunció á la corte de Madrid que consideraba como una violación de la neutralidad lo que sucedía en los puertos de la Península, y la amenazó con moverle guerra si nuestros buques continuaban armándose en ellos y si nuestros corsarios seguían encontrando allí su refugio y su mercado. Exigió además que Carlos IV defendiese al Portugal contra toda tentativa de parte de la Francia. Esta última exigencia era exorbitante, y traspasaba el límite de la neutralidad en que se quería permaneciese la España. No obstante, la Francia había consentido que la corte de Madrid se mostrase asequible con la Inglaterra, y aun accediese á una parte de sus deseos, con objeto de prolongar una situación que nos era ventajosa. En efecto, la cooperación militar de la España no podía proporcionarnos un subsidio de cuarenta y ocho millones de francos anuales, ni este subsidio podía hacerse efectivo, á no ser por la neutralidad, única situación que hacía posible la salida de los metales del Nuevo Mundo. Todo, pues, podía consentirse por esta mira; pero creyendo la Inglaterra en exigencias cuanto más se salía con sus pretensiones, pidió que después cesase desde luego todo armamento en los puertos españoles, dando á entender por esto que se hiciesen sacar del Ferrol inmediatamente nuestros buques, lo que valía tanto como entregárselos. Violando por fin abiertamente el derecho de gentes, mandó, sin que precediese aviso, detener todos los buques españoles que se hallasen surcando los mares. Semejante orden podía sin la menor injusticia calificarse de piratería si se considera que no tenía otro objeto más que apoderarse de los buques que venían de América cargados de plata y oro. En efecto, cuatro fragatas españolas, que conducían á la sazón doce millones de pesos fuertes, navegando desde Méjico hacia las costas de España, fueron detenidas por un crucero inglés. El oficial español, que se negó á entregar las naves, fué bárbaramente acometido por una fuerza inmensamente superior, y hecho prisionero después de una defensa honrosa. Se voló una de las cuatro fragatas,

y las otras tres fueron conducidas á los puertos de la Gran Bretaña. Aquel hecho odioso excitó la indignación de la España y las censuras de la Europa. Carlos IV, sin titubear un punto, declaró la guerra á la Inglaterra, y mandó al mismo tiempo que fuesen arrestados todos los ingleses que se hallasen en el territorio de la Península, y secuestradas sus propiedades para garantía de los bienes y personas de los comerciantes españoles.

De este modo las violencias marítimas de la Inglaterra arrastraban forzosamente á la corte de España á la guerra, á pesar de su indolencia y de las hábiles temporizaciones de la Francia. No pudiendo Napoleón exigir el subsidio de cuarenta y ocho millones, se apresuró á determinar el modo cómo había de cooperar la España á las hostilidades, y procuró principalmente inspirar á esta monarquía resoluciones dignas de su nombre y de su antiguo esplendor.

El gabinete español, llevado por el deseo de complacer á Napoleón, y por cierto instinto de justicia para con el mérito, había elegido al almirante Gravina para que le representase como su embajador en Francia. Era éste el primer oficial de la marina española, y ocultaba bajo un exterior sencillo una inteligencia poco común y un valor impertérrito. Él y Napoleón llegaron á profesar un grande y mutuo afecto. Los mismos motivos que le habían hecho nombrar embajador, movieron á darle el primer mando en la marina española, y, antes de dejar á París, se le encargó se concertara con el gobierno francés acerca del plan de las operaciones navales. Con este objeto firmó el almirante, el día 4 de enero de 1805, un convenio, donde se especificaba la parte que cada una de las dos potencias tomaría en la contienda.

Comprometíase la Francia á mantener constantemente en la mar cuarenta y siete navíos de línea, veintinueve fragatas, catorce corbetas y veinticinco bergantines, y á apresurar todo lo posible la conclusión de los diez y seis navíos y catorce fragatas que había en los astilleros; obligábase además á reunir tropas que permaneciesen acampadas cerca de los puertos de embarco, en proporción de quinientos hombres para cada navío y doscientos para cada fragata, y finalmente á conservar siempre la escuadrilla francesa en estado de transportar noventa mil hombres, sin contar los treinta mil destinados á embarcarse en la flotilla holandesa. Calculando la fuerza de la escuadrilla en navíos y fragatas, y añadiéndola á nuestra escuadra de alto bordo, puede decirse que juntábamos en la mar una fuerza total real y positiva de sesenta navíos y cuarenta fragatas. La España por su parte se comprometía á armar inmediatamente treinta y dos navíos de línea con agua para cuatro meses y víveres para seis. Indicábase su distribución de esta manera; quince en Cádiz, ocho en Cartagena y nueve en el Ferrol. Cerca de los puntos de embarco había tropas españolas reunidas, á razón de cuatrocientos cincuenta hombres para cada navío y de doscientos para cada fragata. Además se dispondrían medios de transporte en barcos de guerra armados á modo de urcas, en la proporción de cuatro mil toneladas en Cádiz, dos mil en Cartagena y dos mil en el Ferrol. Conveníase en que el almirante Gravina ejerciese el mando superior de la escuadra española, correspondiendo directamente con el ministro francés Decrés, lo que equivalía á decir que

recibiría sus instrucciones del mismo Napoleón, cuya dirección podía el honor español aceptar sin mengua. Acompañaban á estas estipulaciones militares algunas condiciones políticas. El subsidio cesaba naturalmente desde el día en que habían empezado las hostilidades de la Inglaterra contra la España. Además, las dos naciones amigas se comprometían á no celebrar paz ninguna separadamente. La Francia prometía hacer reconocer á la España la colonia de la Trinidad, y aun el mismo Gibraltar, así que se obtuviese en la guerra alguna victoria señalada.

El empeño contraído por la corte de Madrid era muy superior á los medios con que contaba para cumplirlo. No hacía poco si lograba armar, en vez de treinta y dos navíos, veinticuatro medianos, aunque montados por marinos valerosos. Así, pues, reuniendo el total de las fuerzas navales de Francia, España y Holanda, puede calcularse que componían las tres naciones unos noventa y dos navíos de línea, de los cuales sesenta pertenecían á la Francia, veinticuatro á la España y ocho á la Holanda. Pero deducidos los quince navíos que se calculaba formar la escuadrilla, quedaba reducida á setenta y siete navíos la fuerza efectiva de la escuadra de alto bordo de las tres naciones. Los ingleses contaban con ochenta y nueve perfectamente armados, tripulados, experimentados y superiores en un todo á los de los coligados, y ya se disponían á aumentar su número hasta ciento. La ventaja estaba, pues, de parte de ellos; no podían ser batidos sino por la superioridad de las combinaciones, la cual no ejerce, ni con mucho, la misma influencia en mar que en tierra. La España, tan floreciente por su marina en otro tiempo y tan interesada todavía en tenerla por causa de sus vastas colonias, se hallaba desgraciadamente, como dijimos ya, en la más completa pobreza naval. Sus arsenales estaban abandonados, sin maderas ni cáñamos ni hierros ni cobres. Los magníficos establecimientos del Ferrol, de Cádiz y de Cartagena estaban desiertos y vacíos: no había en ellos materiales ni obreros. Los marineros, poco numerosos en España desde que su comercio estaba casi reducido al transporte de las especies metálicas, escaseaban aún más de resultas de la fiebre amarilla, que devoraba todo el litoral, ahuyentándolos hacia extrañas tierras ó hacia lo interior de la Península. Si á esto se añade una gran carestía de granos y una penuria rentística aumentada por la pérdida de los galeones últimamente apresados, se tendrá una idea lejana de las miserias que afligían á esta potencia, tan grande en otro tiempo y en la actualidad tan tristemente decaída.

Napoleón, que tantas veces y tan inútilmente la había aconsejado durante la última paz que consagrara al menos una parte de sus recursos á la reorganización de la marina, quiso ahora, aunque sin esperanza de ser oído, hacer el último esfuerzo cerca de aquella corte. En vez de valerse de las amenazas, como en 1803, empleó en esta ocasión el halago y el estímulo. Había sacado al mariscal Lannes de Portugal para darle el mando de los granaderos destinados á ser los primeros que desembarcasen en Inglaterra, y había encargado al general Junot que le sucediese en aquel país. Era muy afecto á este último por su natural ingenio y por su fidelidad ilimitada, á pesar de su carácter excesivamente impetuoso, y le mandó detenerse en Madrid para ver á los reyes y al

príncipe de la Paz. Debía Junot estimular el orgullo del valido, inculcarle que de sus manos pendía la suerte de la monarquía española, y que en él estaba el ser, ó bien un mero favorito despreciable y odiado, ó bien un ministro que supiese utilizar el favor que le dispensaban sus soberanos en provecho de su patria para que reconquistase su perdido poderío. Estaba Junot autorizado para prometerle toda la benevolencia de Napoleón y hasta un principado en Portugal, si servía con celo á la causa común y se consagraba á inspirar la necesaria actividad á la administración española. El envío de Napoleón debía luego ver á la reina y declararle que en Europa era notorio su influjo sobre el gobierno, esto es, sobre el rey y sobre el príncipe de la Paz; que su honor personal estaba interesado tanto como el honor de la monarquía en que se hiciesen grandes esfuerzos y se lograsen triunfos; que si el poderío español no se recuperaba en aquella ocasión, ella misma, por la autoridad omnívota de que gozaba, sería personalmente responsable á los ojos de todos y de sus propios hijos de los desórdenes que desquiciaban y que inevitablemente arruinarían la monarquía. Debía, por último, Junot valerse de todos los medios posibles para inspirar á dicha princesa sentimientos generosos. Por lo tocante al rey, era inútil tratar de inspirárselos, porque á decir verdad su corazón no podía ser más noble y recto; pero este débil monarca era incapaz de atención y de voluntad, porque su inteligencia se había entorpecido en los placeres de la caza y en ejercicios manuales poco dignos de su persona.

Tenía orden Junot de permanecer en Madrid algún tiempo antes de pasar á Portugal, tomando el carácter de embajador extraordinario, para ver de reanimar un tanto á aquella corte degenerada. Tratábase ahora de emplear lo mejor posible los recursos de las tres naciones marítimas, Francia, Holanda y España; y aunque el proyecto de presentar de improviso en la Mancha una parte, más ó menos importante, de sus fuerzas navales, proyecto modificado ya dos veces, ocupaba incesantemente á Napoleón, una idea grandiosa y repentina distrajo su atención por un instante.

Recibía Napoleón con frecuencia noticias del general Decaén, que mandaba nuestras factorías en la India, retirado en la isla de Francia desde la renovación de la guerra, el cual, de concierto con el almirante Linois, causaba grandes perjuicios al comercio británico. El general Decaén, que tenía una imaginación ardiente y muy capaz de dictar órdenes á gran distancia, hallándose en una situación independiente y aventurera, había trabado relaciones con los Mahratas, mal sojuzgados todavía. Había proporcionado curiosas noticias sobre las disposiciones de los príncipes últimamente vencidos, y había adquirido la convicción de que con seis mil franceses puestos en tierra con el material de guerra suficiente y reunidos en breve con una masa de insurgentes deseosos de sacudir el yugo, se podría socavar el imperio británico en la India. Se recordará que fué el mismo Napoleón quien en 1803 puso al general Decaén en esta vía, por la cual se lanzó con tanto ardor, mas no era la intención de Napoleón empeñar una nueva refriega; que si algo intentó entonces fué una grande expedición digna de la de Egipto, capaz de despojar á los ingleses de la importante conquista que constituía en el siglo actual